

dando todo lo andado. Foulon se quedó en París, y apeló á estratagemas varias para que sus insultos al pueblo sometido no le trajesen la muerte infligida por mano del pueblo vencedor. Así divulgó una especie, que tiraba con arte á congraciarse los patriotas en delirio; dijo que, llamado por el Rey al ministerio sucesor de Necker, no aceptó cartera ninguna por haber caído enfermo al golpe terrible de fulminante apoplejía. Después anunció con toda solemnidad y á campana herida su defunción. Cubrióse de paños fúnebres la casa con sus iniciales bordadas de realce. La carroza fúnebre, llevando lujoso ataúd, salió del domicilio al templo y del templo al cementerio circuida por un cortejo compuesto de los familiares del difunto. Como los revolucionarios no son hienas y no son inquisidores, á pesar de su exageración, de sus violencias, de sus crímenes, dejaron en paz el cuerpo, un pobre criado fenecido con oportunidad, á tiempo de permitir al magnate aquella sustitución casi cómica. En cuanto á él, vivo y sano, se refugió casa de Sartines, cesante y olvidado lugarteniente de policía. Pero un hombre de complexión malvada, de actos crueles, de brutales palabras, debía desconfiar más del deudo y del doméstico que de sus mayores contrarios. Así, los que parecían obligados á salvarle ¡ay! le perdieron. Y de delación en delación deliberada se divulgó la fábula de su muerte con el sitio de su refugio. Apresado en los parques de su viejo amigo, y puesto á disposición del pueblo en la casa municipal, donde había comisiones permanentes de primarios electores, las cuales, como suele pasar en todos los conflictos revolucionarios, arrogábanse atribuciones que no les correspondían; y así quisieron redimirlo con apresarlo y ponerlo á buen recaudo en calabozos de la triste Abadía, donde se hallaban los presos políticos dentro del departamento especial suyo, muy bien guardado. Mas el pueblo, diezmado en los asaltos á la Bastilla, quiso tomarse la justicia por su mano. Y como cometiera Foulon el temerario acto de asomarse á una ventana, la multitud derribó las puertas de aquella cárcel, subió á la celda del preso, lo bajó á la calle, le hizo hincarse de rodillas para pedir perdón á todos; y echándole al cuello escurridizo cordel, colgólo de un farol. Mientras esto sucedía en una parte de París con el aristócrata Foulon, su yerno entraba por la puerta de San Martín, insultado de una muchedumbre delirante. Algunos revolucionarios lo custodiaban y ofrecían su vida por aquel hombre. Bajo tal custodia llegó hasta el Palacio municipal. Quiso Bailly salvarlo; más no pudo. Le aguardaban varios nacionales á la puerta, y cuando salió para ir á la prisión, le arremetieron furiosos y ciegos. En su desesperación pudo coger un fusil á sus perseguidores y aun defenderse. Mas le acribillaron á bayonetazos y quedó muerto. Comenzaba el terror.

A impulso de aquel pánico se presentó en el Congreso Luis XVI. Mas no bastaba: tenía que ir á París, cosa para él bien triste, pues su presencia equivalía en el fondo á excusa manifiesta; y el pedirla con instancias mucho al pueblo exaltaba, y el concederla con resistencias disminuía mucho al Rey. Así la bondad nativa suya se le había huido en tal momento del alma como del rostro la placidez y la sonrisa del callado labio. Cuando bajaba

la escalera del palacio de Versalles para encaminarse al infierno de París, cada paso adelante le parecía un paso atrás en dignidad y en poder, un empujón hacia el triste profundo abismo á donde iba precipitado; y cada natural avance por el camino repercutía en sus sienes agitadísimas y en su corazón palpitante, como un dolor indecible. Arrugas de meditación en el entrecejo, miradas mortecinas de tristeza en los ojos, pliegues de aploplético en la boca, delataban sus penas por tal calle de amargura, y la violencia que se hacía viéndose con el airado pueblo. Corría la mañana del 17 de Julio cuando se partió el Rey desde su palacio del gran Versalles al palacio del pueblo en París. La honradez y el patriotismo custodiaba la ciudad, como que dirigía la porción ó parte civil Bailly, representante de la ciencia y de la virtud; al par que dirigía la parte militar, el ejército nacional, ó sea la milicia, Lafayette, representando el heroísmo y la lealtad. Aquel aguardó la entrada en el espacio y recinto de la capital junto á la barrera, donde, al presentar las llaves á Luis XVI, díjole las siguientes frases, que registra el tiempo en sus anales como una de las más hermosas brotados del humano labio: «Son las mismas presentadas al bueno de Enrique IV: entonces el Rey conquistó á su pueblo y hoy el pueblo reconquista su Rey.» Ante la persona del Monarca iba, caballero en airoso bruto, Lafayette, sobre cuya cabeza lucían como nimbo sagrado las ideas de dos revoluciones, esencialmente cristianas, y por lo mismo, dejando aparte sus pecados y sus errores, inseparables de todo lo humano, esencialmente benditas. La escarapela, que llevaba en su sombrero, precediendo al Rey, puede compararse á la verdad, sin blasfemia y sin desacato, á la estrella mágica, cuyo centelleo guiaba los Reyes del Oriente á bendecir y adorar al que debía destruir con su natividad y con su muerte todas las realezas. El pueblo de París no dejaba conmovido como se conmoviera el pueblo de Versalles; en el corazón de los electores permanecía la esperanza extinguida en el corazón de los elegidos. Más de trescientos mil hombres había entre la barrera, como llaman los parisienses á las puertas de París y el Municipio. Cada hombre llevaba su correspondiente arma, como si con un verdadero conquistador y no con un débil Monarca se las hubiese. Brillaba el sol mucho en aquel día de calorosa canícula, y al rebotar en los aceros de picas y fusiles y sables, difundía por todas partes como centellas la guerra congruentes con las miradas de odios. Aclamaban á su alcalde y su comandante; al Rey no le dirigían insultos, pero tampoco vivas. Para mejor guarecerlo; y en caso de peligro salvarlo, el Parlamento le circuía con todos sus diputados. Mas, en tan larga como lenta procesión, pudieron ver cómo las fragosas aclamaciones de los primeros días en que se reunieran, habíanse trocado por un profundo silencio, amenaza indudable á Luis XVI y á ellos elocuente advertencia. El Rey baja muy fatigado, y Bailly le presenta la escarapela tricolor, signo gráfico del triunfo popular. Triste siervo no se retuerce tanto al plantarle con hierro candente sobre las carnes vivas el signo de su esclavitud, como se retorció Luis XVI al recibir sobre su cabeza, ungida con el óleo de Reims y coronada por la diadema de Carlo

Magno aquella señal de la victoria del pueblo y de la derrota del Rey. Como no llevaba guarda, el oleaje de la multitud lo anegó y quedó separado de su cortejo, subiendo la escalera, más que de grado, por impulso de oleaje de las muchedumbres. Aquí, viéndolo triste y solitario, sin guarda y sin corte, con el signo de su terrible humillación sobre la cabeza, trocose la ira popular en profunda piedad; y los corazones generosos latieron por el vencido, por el destronado, por el depuesto para siempre, en el palacio de la ciudad emancipada. Para que todos viesan, los ciudadanos próximos al Rey se ponían de rodillas, y llevaban sus manos á la boca, se las besaban como si le pidiesen perdón por modo indeliberado, excusándose con los empujes que hacia el progreso les daban las generaciones muertas y con los servicios que para su bien les pedían las generaciones por venir. Pero si todos á una se conmovieron, el Rey se aterró y calló. Revelaba y decía con sus aclamaciones la muchedumbre ante silencio tal del Rey, que aún ella fiaba en su Monarca, mientras el Monarca con su aterradora fisonomía, pues mucho se contagiaban todos del terror, bien claro mostraba no fiarse del pueblo nada. Salió al balcón Luis XVI, y estuvo resignado, mas no gozoso. Al verlo entre Lafayette y Bailly, los realistas le comparaban con el Señor sobre su Calvario entre dos ladrones. El pueblo liberal, en cambio, le pedía una palabra, el Verbo revelador, que á un tiempo esclarece y anima. Pero las lenguas de fuego del Espíritu Santo flotaban sobre otras sienes, y el Verbo divino se difundía por otros labios y contaba con otros oráculos. La elocuencia era toda de la libertad. Una momia no habla: con vivas frases del Rey se hubieran descargado los aires de la tempestad encendida por las frases de los tribunos. Pero el progreso únicamente hablaba. La institución monárquica no sabía decir palabras de asamblea, y murmuraba palabras de audiencia. Delante del Océano popular que le pedía una revelación, apeló á un cumplido. «Contad conmigo, murmuró; contad con mi amor,» no como si de una muchedumbre se despidiese, como si cerrase audiencia fatigosa de importunos pedigüenos pretendientes. No había soplo de calma en las tormentas.

En medio de tamañas lobregueces y crueldades lucía un punto luminosísimo, la idea nueva que brillaba en el Congreso nacional. Y este Congreso, comprendiendo cómo la Revolución podía caer en el descrédito y en el desorden por culpa de sus propios mantenedores, pensaba en ocurrir á las necesidades más imperiosas del orden por medio de un gobierno fuerte. Carecía en estas horas supremas Francia de tal órgano. El Rey había caído ya y el Congreso no se había levantado aún. Por gastada y decrépita no servía la realeza; por joven é incipiente no servía la democracia. Esta pasaba el período de las inspiraciones súbitas, de los ataques nerviosos, del culto á los grandes ideales, de la elocuencia que arrebatada, de la iniciación que renueva, del asalto de las ideas; mas todo esto la inhabilitaba para el gobierno. Y había que gobernar, pues las juntas se tornaban tumultuarios congresos; los municipios se levantaban y erigíanse en breves repúblicas; la milicia nacional se imaginaba un ejército; improvisábanse procedimientos judiciales rápidos contra los enemigos

del pueblo y creíanse los ofendidos como jueces de sus ofensores; no se pagaba un tributo y, por lo mismo, no se percibía en el Tesoro un maravedí, cayendo los católicos al empuje de las muchedumbres en armas y desparramándose por todas partes los horrores de una guerra civil. Mirabeau pensó en tal estado y meditó sobre la manera de remediarlo. A un genio verdaderamente oratorio sumaba las facultades varias del consumado estadista, como correspondía con su naturaleza de político y con su ableno de italiano. Así, quiso libertar á Francia de la terrible amargura que amenazaba con peligros y daños sin cuento, su honra y su existencia, proponiendo una especie de gobierno federativo, en que los ayuntamientos se alzarán á una con los cuidados que demanda el orden público, sin perjuicio de la unidad nacional, ni disminución ó mengua de las facultades que correspondían al Congreso Constituyente. Discutióse mucho esto en una de las últimas sesiones del mes de Julio, y no pudieron á ningún acuerdo acercarse, porque urgía constituir la Nación y declarar el derecho antes de todo. Por una ley natural ineludible, donde se reunían quinientos hombres en representación de varios millones, compuestos por clases, no sólo entre sí diferentes, entre sí enemigas, estallaban mil principios contradictorios, mirando los unos á lo pretérito, los otros á lo porvenir, los más á lo presente, según las ideas y los intereses que sobre cada cual ejercían su imperioso dominio. Aun descontando el culto natural de los eclesiásticos á las fórmulas teocráticas; el apego en los feudales á su viejo feudalismo; las arrogantes y audaces pretensiones al predominio de la malherida nobleza; los restos absolutistas, subsistentes en la cima y en la base de tal sociedad todavía; los mismos apóstoles de la buena nueva, por cuyo triunfo se habían arrestado con arrojo al combate y apercibidos al martirio, no podían estar acordes, porque unos, mirando al régimen inglés, deseaban aceptaciones del progreso y representación del pueblo no discordes con el patriciado y con el monarca; otros, más idealistas, hubiesen arreglado y compuesto una democracia semejante á la tradicional de Holanda, religiosa y casi monárquica; éstos se prendaban del sistema práctico de Montesquieu, que componía en mixturas más ó menos eclécticas todos los humores de la vida francesa; preferían aquéllos el absolutismo democrático aportado por el genio de Rousseau á sus inflamados libros desde la republicana y calvinista Ginebra; pero casi todos, con raras excepciones compuestas de frailes impenitentes y mayorazgos orgullosos y favoritos palaciegos, pedían el derecho humano para los franceses y para Francia la soberanía nacional.

La idea nueva, de tal modo extendiera en aquella hora de tempestad su poder, que ascendía con facilidad á la mente misma de los privilegiados y los arrastraba con impulso irresistible al sacrificio. Pocas veces se volverá á ver en el mundo abnegación semejante. Nunca reaparecerá con tan manifiesta evidencia la virtud de principios abstractos sobre las generaciones nacidas y criadas en sociedades contrarias á estos principios. Los nobles, que gozaran jurisdicciones tan complicadas, que ejercieran derechos tan diversos; dueños

absolutos del territorio y de sus habitantes; preceptores eternos de tributos y pechos; en posesión secular, ya de un puente, ya de un peaje, ya de la caza esparcida por los bosques, ya de las aguas corrientes en el lecho de los ríos; reyecillos y tiranuelos feudales, en cuyos usos y hazañas conteníanse poderes múltiples sobre la voluntad y la conciencia y la honra y la vida de las manadas de hombres en vasallaje y servidumbre; herederos de dinastías territoriales tan orgullosas como las mismas dinastías regias, bajaron espontáneamente de sus troncos de sombras y se confundieron á una con los que antes les miraban de hinojos, proclamando la santísima igualdad del derecho. El vizconde de Noailles propuso la conclusión de la servidumbre personal; y el duque de Chatelet la redención de los diezmos señoriales; y el obispo de Chartres el fin de las excepciones de caza; y el vizconde de Vivien la abolición de otras monstruosidades análogas, que acaparan los antiguos elementos en unas pocas manos, y con los antiguos elementos los seres útiles al hombre, en ellos diseminados por el soplo fecundante del Divino Autor de toda la vida. Los gremios, que limitaban la libertad de trabajo, cayeron en ruinas. Las ventas de los cargos públicos pasaron desde el instante mismo en que fueron admitidos todos los ciudadanos á todas las dignidades y á todas las magistraturas. Los privilegios, las inmunidades personales y pecuniarías de la aristocracia desaparecieron al par de todos sus privilegios y de todas sus exenciones. Como había nobles feudales, había municipios feudales también; y renunciaron á sus jurisdicciones anárquicas. Como había personas privilegiadas, había provincias privilegiadas también; y depusieron sus privilegios arqueológicos. La casta, que naciera con las primeras sociedades constituídas; aquella casta sacerdotal ó guerrera, para quien el plebeyo apenas presentaba en el mundo apariencias de persona, como instrumento de otros, cosa y propiedad ajena, sin fin ni destino para sí en la sociedad; esa casta teocrática en la India; militar en Persia, mercantil en Cartago y Fenicia, heroica en Grecia y Roma, feudal en la Edad Media, cortesana en los tiempos monárquicos, desapareció, y con ella desaparecieron tantas sombras como nublaban la conciencia y tantas manchas como ennegrecían la historia. El siervo, vendido y comprado como vil mercancía; ara petrificada de los dioses; bestia de carga, para los comerciantes; objeto de escarnio en todos tiempos; arrojado como pasto á las morenas de los estanques patricios y como gladiador á las competencias entre las fieras de los circos; pegado al terruño cual las raíces del árbol y la piedra del surco, se irguió en su dignidad primitiva, en su derecho de hombre, en su íntegra naturaleza, pudiendo decirse sin lirismo y sin exageración que lo creó de nuevo, á lo menos que completó su creación, la inmortal Asamblea Constituyente, pues sólo entonces fueron, y no antes, todos los hombres, sin excepción alguna, verdaderas criaturas de Dios, á su imagen y semejanza. Imposible medir con el pensamiento, ni calcular con los mezquinos cálculos humanos, cuántos esfuerzos se necesitaron de heroísmo, cuántos holocaustos de martirio, cuántas iluminaciones de genio; qué copias de ideas sublimes, qué

destello de inspiraciones divinas, qué legión de redentores; el número de catástrofes en la naturaleza, el número de metamorfosis en la Historia; el número de cadalsos enrojecidos con sangre inocente y el número de ejércitos inmolados en las batallas para sacar del fondo obscuro de los tiempos monárquicos esta luminosa noche de la libertad. Guardémosla religioso culto y creémosla nosotros, redimidos y emancipados por su virtud creadora, uno de los más bienaventurados instantes del génesis de nuestro espíritu.

Resumamos. La revolución caminaba en esta hora solemne, sin obstáculos. Por los días anteriores al asalto de la Bastilla declaróse la Asamblea, que convocó el Rey como sombra de los antiguos Estados generales, Asamblea constituyente, imagen fidelísima de la nación soberana. Los tres órdenes antiguos, los nobles, la clerecía, la plebe, formaron y compusieron un solo cuerpo. Tomada la Bastilla, último reducto de la resistencia, preguntó Luis XVI á su doméstico el duque de Siancourt, ya lo recordamos arriba, si aquello era una revuelta, y el duque le respondió que no, que era una revolución. En seguida, movido Luis XVI de terror, presentóse en aquella Asamblea, á la cual había insultado por boca de sus pajes, y querido suspender por medio de sus tapiceros, declarándola genuína representación del pueblo francés. Todas las satisfacciones que puede dar el miedo á la victoria, se dan desde que el pueblo ha mostrado la resolución de defender el derecho con la fuerza. Necker es llamado del destierro y devuelto al gobierno. La reconciliación con París sigue á la reconciliación con la Asamblea de Versalles; y el alcalde Bailly es recibido y agasajado en palacio como si de antiguo partidario se tratara. Lafayette organiza la milicia nacional; y recibe muestras frecuentes de confianza, especialmente por parte de la Reina, que acaricia la idea de tratar á Mirabeau y convertirlo por todos los medios imaginables, á su devoción y á su servicio. Las dos familias de mayor influencia reaccionaria en la corte van á país extranjero, la familia del caballeresco y ligerísimo cuñado de la Reina, el conde de Artois, y la familia de la duquesa confidente de todas las maquinaciones cortesanas y amiga íntima de María Antonieta, la familia de la duquesa de Polignac. ¡Ah! No es maravilla que algunos ánimos optimistas guardaran á la sazón reconciliaciones duraderas entre el trono y el pueblo. Mas debía resultar imposible; porque el tránsito desde un poder absoluto á un poder constitucional, es decir, desde las facultades omnímodas á las facultades limitadas, no podía ser comprendido de ninguna suerte por quienes se hallaban de antiguo habituados á tener la realidad del poder, y no podían resignarse á conservar tan sólo en su desgracia los vanos y aparatosos honores. A su vez, el pueblo, dotado por la naturaleza de una implacable lógica, no alcanzaba cómo habiendo concluido todas las castas ante la igualdad del derecho, quedaba erguida la casta de los Reyes. Tal doble raciocinio de la multitud por un lado y de la dinastía por otro, enamorada ésta de su poder absoluto y enamorada de su absoluto derecho aquélla, encerraba innumerables contradicciones que habían de estallar por fuerza en horribles discordias. Mientras la Asamblea destruyó los privilegios feudales,